



ROLANDIN

POR

Felix Dahn

PROLOGO

Deseoso el Rector de la Universidad de dar a los Anales de la corporacion un carácter mas literario que el que han tenido hasta ahora, ha empezado a publicar algunas obras de los escritores nacionales i extranjeros.

De este modo, la revista, sin perder el carácter que le corresponde, dejará de ser una publicacion meramente científica conocida tan solo en algunos establecimientos de educacion.

Realizando este propósito, ha solicitado de la familia del estadista i literato chileno, don Carlos Morla Vicuña, algunas de las valiosas traducciones de obras extranjeras que él hizo durante su larga permanencia en Europa i Estados Unidos.

De esas traducciones hemos escojido el poema Rolandin del poeta aleman, Félix Dahn, que acaba de morir en Breslau, dejando un enorme caudal de obras literarias i científicas totalmente desconocidas entre nosotros.

Daremos en este prólogo una lijera noticia biográfica del poeta jermánico, i de su digno traductor, i ademas un corto estudio del poema.

nos han invadido no solo la Italia, sino tambien las tierras de los francos.

Agrega el viejo escudero que Cárlos despues de batirse como un héroe lleno de entusiasmo i valor juveniles, se ha desplomado de su corcel falto de fuerzas i se ha librado de caer en las manos de los infieles gracias al arrojo i jenerosidad de Naims de Baviera, que por salvarlo ha quedado gravemente herido.

Los sarracenos envalentonados han seguido a los cristianos hasta Narbona, en uno de cuyos castillos queda el heroico emperador sitiado i sin esperanzas de salvacion.

Rolandin se desespera, i en su alma se trava un combate entre su amor a Yolanta i su deber de cristiano i caballero.

Yolanta que ha escuchado, oculta tras unos rosales, la relacion del escudero, pone fin a sus tribulaciones, presentándole su espada, la gloriosa Durandal, que heredara de su padre, diciéndole al mismo tiempo que está preparado tambien el corcel que los trajo para llevarlos al campo de la lucha i que ella lo acompañará, porque así como él es el hijo de Roldan ella es la hija de Oliveros.

En el canto V se describe la situacion angustiosa de los cristianos sitiados por los moros. Naims, herido, descansa en la tienda del emperador i éste lo cuida cariñosamente, como a un viejo camarada.

El desgraciado monarca se lamenta de su suerte, se ve solo, muertos todos sus paladines, i abandonado de Rolandin. Propone a Naims salir a buscar honrosa muerte ántes de caer vivos en poder de los infieles.

Se escuchan de improviso los cánticos de los monjes que atraviesan el campamento implorando el socorro del cielo i Naims se levanta gritando que Rolandin se acerca junto con Yolanta a salvar a los sitiados.

Ante el monarca airado el héroe llega, se arrodilla, pide la muerte, pero suplica que primero le dejen derrotar a los sarracenos i en seguida entregará su cabeza al verdugo.

Naims, loco de entusiasmo, no espera la respuesta del emperador i sale fuera de la tienda, llamando a gritos a las tropas que se reunen bajo las órdenes de Rolandin.

El canto VI describe la batalla en la cual, despues de inauditas proezas, el jóven paladin derrota a los invasores que huyen dispersos ante los golpes de su espada.

Durandal venga cruelmente la derrota de Roncesvalles.

El héroe por su propia mano corta la cabeza al sultan i con ella se presenta al emperador a cumplir el castigo que ha merecido por su falta; pidiendo solamente en premio de su hazaña que Yolanta sea perdonada, pues ella ha sido arrebatada violentamente por él.

Al escucharlo, Yolanta se yergue i reclama la misma pena para ella, porque es justo, dice, tener su parte en los dolores, así como la tuvo en Alta Guardia en los goces inefables del amor i que así como saltó a su cuello con alegría, así tambien irá alegre con él hasta el cadalso.

El canto VII relata el juicio i la sentencia de los amantes que en medio del llanto de los presentes, son condenados a muerte a petición de Luis, el principe ofendido, que se niega a aceptar la provocacion a duelo que le hace Rolandin para salvar así la vida de su amada.

Fracasa tambien el ingenioso ardid preparado por Naims, que se ha ganado al monje que los casó para que declare que los amantes han sido embrujados i su pasion no es sino el resultado de un sortilejio.

Rolandin rechaza la puerta de escape que se le ofrece i se prepara a morir valerosamente.

De igual modo, la jenerosa heroína tampoco acepta el perdon que le brinda Carlo Magno, como última tentativa para salvar siquiera a la hija de Oliveros.

Interrumpe la ceremonia un mensajero que llega a escape, gritando que los sarracenos marchan de nuevo al asalto rehechos de su derrota.

Cárlos se reanima, i lleno de esperanzas, ordena a Rolandin que salga otra vez contra los enemigos.

El jóven pide su Durandal i desnudo, sin yelmo i sin escudo, monta en su corcel; Yolanta reclama su puesto i lo obliga a aceptar su compañía.

Ambos amantes parten a la lucha resueltos a buscar la muerte en la batalla unidos como siempre, sobre el mismo

veloz corcel que ha sido ya su compañero en la dicha i la desgracia.

Pasan algunas horas i el principe Luis llega a dar cuenta de que los héroes triunfantes han caido juntos en la llanura i lleva su rencor hasta el punto de pedir que se les niegue la sepultura sagrada. El viejo monarca agobiado de dolor se aparta de su hijo i ordena a Naims que haga a los amantes un funeral digno de ellos i que sobre todo no los separe.

Llegan en seguida los cuerpos sangrientos tendidos sobre las andas i el viejo emperador los cubre con ramas de laurel i rosas, besa sus heridas i colocándolos sobre la pira, ve como se consumen los cuerpos de los heroicos amantes purificados por una misma llama.

Esta obra es una resurreccion de la época heroica de la caballería medioeval, i tiene toda la sencilla majestad de una epopeya griega i todo el encanto i vivacidad de los mejores poemas de los ciclos caballerescos.

La figura de Carlo Magno se destaca serena i noble, idealizada por el cantor jermánico, se presenta como la encarnacion del monarca patriarcal que, en aquellos dias turbulentos, era para sus vasallos un padre tierno i un juez severo ante el cual se inclinaban sumisos los mas audaces paládines.

Rolandin, el héroe del poema, es el tipo del caballero de aquellos tiempos heroicos. De pura estirpe reja, hijo del mas glorioso de los pares de Francia, inmortalizado por los poetas, hermoso, valiente i enamorado es el continuador de los hazañas de su padre de quien ha heredado, junto con su espada lejendaria, todo el brio de su brazo irresistible que lo ha hecho, a pesar de su juventud, el terror de los agarenos i el escudo de los francos.

Yolanta es la viva encarnacion de la dama de los poemas caballerescos.

Con el dardo de su hermosura ha herido el corazon del héroe i a su vez ha quedado aprisionada entre los brazos del gallardo mensajero.

Su pasion confesada i satisfecha sin vacilaciones, constituye la accion principal del poema.

Ella es para el héroe no solo la beldad hecha para el amor sino la compañera fiel i resuelta que marcha con él alegremente a los combates i comparte sus dolores i desgracias, llevando su fidelidad hasta morir con él ántes que renunciar a la pasión que los ha unido.

La narración aparece en la versión castellana con gran naturalidad i sencillez.

No está interrumpida por aquellas descripciones interminables de que adolecen la mayor parte de los poemas narrativos, tampoco hai en Rolandin las disertaciones filosóficas o historias pesadas i llenas de erudición que son el tormento de los lectores jóvenes que en estos poemas buscan ante todo el interés de la narración.

Propiamente este libro no es una epopeya, sino un pequeño poema semejante en el corte i la disposición a algunos de los que llamó idilios Tennyson, porque en ellos el amor es la nota dominante.

Hemos tropezado en la traducción majistral hecha por el poeta chileno con algunas frases i construcciones violentas i desusadas que, en ocasiones, quitan al verso su soltura i naturalidad.

Esto se explica fácilmente al examinar la enorme tarea que se impuso el erudito traductor al verter al castellano, conservando la índole de la poesía alemana, todo el poema en un solo metro, el decasilabo, que a la larga se hace monótono por la falta de libertad del ritmo siempre esclavizador a que quiso sujetarse el señor Morla. Estos son detalles que no perjudican la belleza del conjunto ni disminuyen el mérito de la obra.

La traducción de este hermoso poema interesará, sin duda, a los jóvenes que hoy cultivan la poesía de esta tierra, donde puede decirse que todavía están vírgenes los ricos veneros de la leyenda i de la tradición heroicas, que poseemos talvez en mayor abundancia que las demás naciones americanas.

SAMUEL A. LILLO.

Prof. de la Universidad de Chile
i Secretario del Ateneo de Santiago.



PRELUDIO

De nuevo en rimas he de cantar
¿Por qué yo el tono no alcanzaria
Que, en blandas ondas de melodia
Logra hasta el alma del que oye entrar?
Que arroba oidos, mentes encanta,
Pechos alegre, mundos levanta
I de revuelta lid temporal
De las miserias de lo real,
Nos lanza al reino de lo ideal?

Sí; que la rima final me siga;
Ella graciosa dos versos liga,
Como se juntan con embeleso,
Labios amantes en dulce beso:
¿Quien desunirlos ni ajarlos osa?

En vez de estambre de árida prosa,
Del canto os brindo lozana rosa;
Lijero i suelto tiende su lazo
De amor en torno, cual tierno abrazo.

Pero no es solo de amor sencillo:
Tambien al canto da claridad

De yelmo, escudo i armas el brillo
La flor ligada va con la espada,
¡Mi héroe es digno de la beldad!

¿Quereis a esto prestar oído?
No os perturben vulgar ruido,
Ansias, envidias, odios, venganzas,
De lo deforme las alabanzas.

Tras de lo bello, noble i sublime
Mi alma anhelante tan solo jime.
Ya desplegada, veis mi bandera.
Flamea! Cruje. ¡Siga quien quiera!
¡Oid! de Cárlos emperador,
De Roncevalles, del tierno amor,
De sus delicias, de su dolor;
Oid del hijo del Paladin!

Este es mi canto de Rolandin!

I

Agobia a Cárlos su edad ya grande;
Su lanza ha tiempo que ya no blande;
Ni en paz el cetro de soberano
Empuñar puede su débil mano:
Suele en la mesa cabecear,
I hasta en el templo, frente al altar.

Llevar parece siempre engolfado
Su ojo en las sombras de su pasado,
De luengas barbas en la espesura
Consigo mismo triste murmura;
Quien sus murmullos a oír aguarda,
«Roldan», percibe i oye: «Ildegarda»!

De Aquisgran fluye por el Oriente
El Rhin al rayo del sol poniente.
Allí, imitando de Ex el palacio,

Pequeño alcázar han construido
I el Rhin quebrando va su topacio
En torre i muro con manso ruido.
Bajo el esmalte de luz dorada,
Por los jardines de esa morada,
Cruza el monarca meditabundo.

Cuando se pára, de lo profundo,
Como evocando lo que recuerda
Lleva a su barba su mano izquierda.
La diestra mustia puesta adelante
Tiene en el hombro de acompañante,
Aun del amo firme sosten,
Aunque de pelo cano tambien,
Que el imponente rostro imperial
Mira afanoso, sincero i leal.
Al par caminan i hacen sus pausas;
Los preocupan las mismas causas,
De ámbos amigos el viento enreda
Las luengas barbas de blanca seda:
Tambien antaño las confundía
Cuándo a campañas el par salía!
A la rojiza luz de la tarde
El manto rejio purpúreo arde,
Mientras azulada, cual claro acero,
Luce la armilla del compañero.

Lento en ocaso muere el celaje:
Del Rhin la brisa ya humedece;
Se abate el viento; todo enmudece:
Lasavecillas dentro el ramaje
I las cigarras en la pradera.
En torno calma solemne impera
I hondo silencio de augurios lleno;
Campestre aroma despide el heno,
Su copa el árbol callado inclina:
¡Hora apacible la vespertina!

Ya van entrando por el portal,
 Del Rhin al frente fluye el raudal;
 Brilla el paisaje cual si un tesoro
 Sobre él lloviera de grana i oro;
 I en la anchurosa planicie ondea
 La mies madura que el viento orea.

De los linteles, el soberano
 Tiende los ojos al vasto llano;
 Embarga su alma dulce emocion,
 Tarda en hallarle justa espresion:
 Al sol señala con muda mano:
 «Mira, Naims, dice con grave faz
 Tras labor rica, cuán dulce paz!
 En el servicio va del señor
 El sol vertiendo luz i calor;
 Alegra al jóven, templa al maduro,
 Surjen mil vidas al rayo puro,
 Fecunda el jérmen donde le halla,
 A las tinieblas libra batallá:

I terminado su diario oficio,
 Desde la tierra sus bendiciones
 Le envian gratos los mil millones
 Que disfrutaran su beneficio.
 ¿Cuál cursó iguala, dime, al del Sol?»
 Calla, con ojos al arrebol.

El fiel replica: «Señor, respuesta
 En verdad, daros mui poco cuesta:
 Al Sol vos mismo sois parecido,
 Que al cenit, Carlos, habeis subido
 De triunfo en triunfo; dais paz al mundo,
 Don entre todos el mas fecundo,
 I vuestra mano franca i amiga,
 Del Pirineo soberbio monte
 Al del Avaro vasto horizonte;

Desde los Danos a Benavento,
 Bienes sin cuento siembra i prodiga.
 Evocais, Cárlos, el pensamiento
 Del mas excelso, noble heroismo
 Cual no ha visto ántes el cristianismo;
 De una potencia firme i sagaz
 Bási en que estriba la humana paz.
 Cual la del astro, nuestra lumbrera,
 Cárlos, ha sido vuestra carrera!»
 I ase la diestra del poderoso
 Que lleva al labio respetuoso.

«No! El Sol no teme ningun mañana,
 Por el futuro nunca se afana!
 Mas yo, si muero, triste imajino
 ¿Cuál de mi Imperio será el destino?
 Están ya muertos i bajo tierra
 Los que conmigo lo gobernaron,
 Los que, a Dios gracias, en triunfal guerra
 Juntos conmigo lo edificaron.
 En torno mi ojo cansado jira,
 I ni uno encuentra por mas que mira!
 ¿Dónde está el cauto buen Oliveros?
 ¿Dónde está Ogiero mi danes grave?
 ¿Dó Erico el bravo, fuerte Margrave?
 ¿Dónde Geroldos i Guarin fieros?
 ¿Sobre Bayardo su fiel bridon,
 Dó el tenaz grupo de hijos de Aymon?

¿Qué es del piadoso, firme Turpin?
 ¿Qué es de Ricardo de Normandía?
 Aquel que el miedo no conocia?
 ¿Qué del que nunca, jamas cejara
 Guillen de Orangue? ¿Qué ha sido en fin,
 De aquel Didiero de alegre cara?
 ¡Ai! No me queda ni un Paladin!
 Abatió al uno segur danesa;

Derrocó al otro del Sorbio el dardo;
A este el hierro del Longobardo
Tronchó los días; aquel fué presa
Del Bizantino mortal veneno;
¡Cuántos, con hachas arrojadizas,
Mató el Avaro! mas hechos trizas
Fueron a manos del Sarraceno;
I cubre a muchos de mis leones
El brezal rojo de los Sajones.
¡Ai! mis vasallos! Uno conmigo,
Quedatan solo; tú Naims amigo,
Vástago ilustre de la Baviera,
El mas constante que Dios me diera.
Mas ya la muerte tambien te embiste!
Aun mis ojos tú cerrarás,
Final servicio que prestes; mas
Ai! tambien luego tú morirás!
I entónces? Entónces? ¡Ai de mi triste!
En torno acechan ruina, horrores:
¿I en dónde se hallan mis sucesores?
Triste del pueblo que pierde el guia
En quien confianza puesta tenia!
Cuyo nombre era ya un estandarte
I de sus jentes torre i baluarte
Que a hostiles bandas miedo infundia!
Do quiera estrago, ruina, horrores:
I en donde se hallan mis sucesores?
Ya por el Este rapaz el Wende
Manos inmundas ávido estiende,
Manos que en ocio siempre han estado,
Sobre los campos que hemos labrado.
Al Sur cavila la griega astucia,
Mas que las sierpes artera i sucia;
Pone el Normando, ya a estas horas,
Al Rhin i al Sena grifadas proras;
Ya del Oeste viene, sin freno,
Mas cruel que todos, el Sarraceno,

I de Alah! al grito, nada le aplaca,
 De Diõs la Iglesia i el Reino ataca.
 En torno acechan, ruina, horrores:
 ¿Dónde están, dónde mis sucesores?
 Castigó duro mis culpas Dios!
 Que ¡ai! despójome de aquellos dos;
 Si hoi sus consejos i armas tuviera,
 Tranquilo el Reino dejar pudiera:
 En flor llevóme fatal destino
 Al bravo Cárlos i al buen Pepino!
 Uno tan solo dejó de tres...
 Ese me queda; mas Luis no es.....

Héroe! Sabes bien Cristo Santo!»
 Naims, entre dientes, murmura en tanto,
 Estos rezongos incoherentes:
 «De sus mayores a la manera
 Ese no asesta! Quien verle quiera
 Vaya a buscarle, no al campamento,
 Sino entre monjes en el convento!
 Pero silencio! .. Mi soberano,
 Si al buen Pepino i a Cárlos pierde
 Vuestro árbol, brota de él ramo verde:
 Si no es un hijo... se halla cercano
 De vuestra casa, del trono en duelo
 Héroe jóven, brioso, ufano:
 Que Dios os manda para consuelo.
 De paladines habeis hablado,
 I al mas soberbio no habeis nombrado!
 Qué? ¡Lo mas grande que habeis tenido,—
 A Roncesvalles dais al olvido?»

A ésto un grito da de amargura
 El noble Cárlos:—en la espesura
 Grita así el ciervo cuando agoniza.—
 Con ámbas manos se martiriza
 El venerable rostro: «que calles!

Naims, no me nombres a Roncesvalles!
 ¡Infernal huesa de Dios odiada!
 ¡Oh Roncesvalles de mi aflicción!
 Tu nombre agudo mas que una espada
 Perfora siempre mi corazón. —
 Fué ese el mas hondo, mayor pesar
 Que Dios me pudo jamas enviar.
 Pues sabe, amigo, que ni Ildegarda,
 Ni aun mi madre, la digna Berta,
 Ni Rosalia mi hija gallarda,
 Ni aun mis hijos, frustrada oferta,
 Ni aun tu espada, ni tu heroismo,
 De mí alcanzaron tanta ternura
 Como aquel jóven a quien yo mismo,
 En Roncesvalle di sepultura!—
 Muerto al hallarle, de mui buen grado,
 A Dios hubiera guerra movido,
 I de mis huestes francas seguido,
 Del cielo el linde ciego asaltado,
 A preguntarle frente a su trono
 Por qué me heria con tanto encono!»

Juntas sus manos Naims i así reza:
 «Estos extremos no oigas, Dios mio,
 Su dolor causa su desvario!»
 I al triste Cárlos pecho i cabeza
 Con su cruz signa, fuerte solloza:
 «No mentaremos al malogrado!
 Pero su hijo nos ha quedado,
 En él la antigua virtud reboza.
 ¡I como el padre ser debe amado!
 No teneis otro tal paladin.
 Señor, os hablo de Rolandin!
 En el Imperio ¿cuál otra espada
 Puede a la suya ser comparada?
 Nadie esa fama me contradice

Que lo he formado yo! El infelice
Aun no nacido perdió su padre,
I apénas vida le dió su madre,
Alda, del mundo rompió los lazos,
I en el retiro de la piedad,
A llorar fuése su viudedad
Dejando al niño sobre mis brazos.
Segun leyenda, pasó lo mismo
Al arquetipo del heroismo
A Sijifredo de Niderlanda.
Su brio i diestra le ha trasmitido
Su noble padre, i es ya temido
Por la agarena, pérfida banda.
Ya de su espada temblando al filo
Espavorida dejó a Provenza,
I voló a España buscando asilo
Donde ocultarse con su vergüenza.
Ella no ataja su curso ardiente
Que no le busca seguramente!
Tendrá en él, Cárlos vuestra vejez
Resarcimiento, consuelo i prez;
I, cuando hayamos muerto los dos,
Será este jóven, tan grato a Dios,
Del enemigo del trono espanto!
Me asombra el tiempo que ha trascurrido
Sin que otros triunfos se hayan sabido.
El no acostumbre reposar tanto!

Entónces Cárlos con dulce agrado,
Dice: «Entre todos mis imperiales,
Despues del Franco mi pueblo amado,
Sois en Baviera los mas léales,
I tu de todos el mas probado.
Te recompensó por ello ahora:
Ven, Duque, escucha; fio a tu pecho
Lo que tan solo mi hijo no ignora.

Si; cuando mi alma turba la cuita
 De las fronteras, que el odio ajita:
 Rolandin jóven es mi esperanza!
 Como heredára la espada i lanza
 I aquel del padre mandoble fiero,
 Tambien hereda mi amor entero!
 Que honor mui grande le sea hecho!
 De entre mis nietas la mas hermosa,
 Del amor de Ema por Eginhardo
 Fruto: Adelinda, ya por esposa
 Le he prevenido; dé yo al gallardo
 De nieto el nombre con buen derecho,
 Despues que Milo Señor de Anglante
 Me robó hermana la mas amante.
 Del Carlovingio noble linaje
 De héroes brote nuevo ramaje.
 Naims, dime ahora, cuál el segundo
 De mis finados estima el mundo?»

«Vive Dios, Cárlos, esa cuestion
 No necesita gran reflexion!
 Es Oliveros; cosa es notoria!
 Al par los nombran cancion e historia.»

«Cómo van juntos broquel i acero
 Roldan va unido con Olivero.»
 (Aunque como áscua puedan quemar
 Tengo esos nombres yo de mentar.)
 Audañ Rolando, cauto Oliverio
 La mejor gnardia son del Imperio:
 Antes que a todos sus Paladines.
 Cárlos les fía sus altos fines!
 Así ha ya tiempo que el pueblo canta.»
 «Bien! que despose Luis mi heredero
 La de Oliveros hija: Yolanta!
 Héroe pronto no faltarán!
 Si de Oliveros i de Roldan,

La lanza franca i el franco acero,
 A mi linaje las fuerzas van
 Echará el tronco verdes botones,
 Que traen savia las bendiciones.

Esto es secreto, Naims, todavía;
 Sobre estos planes que son misterio
 Solo a tí fiado, cimento hoi día
 El bien futuro del vasto Imperio.
 Por mí enviado con este fin,
 Donde Yolanta fué Rolandin.
 Solicitarla debe en favor
 De Ludovico mi sucesor.
 De la Aquitania mi paladin
 La trae, por eso no oyes de España
 Llegar las nuevas de fresca hazaña.
 En breves días la abrazaremos
 Y dobles bodas celebraremos!»

De regocijo Naim's transportado
 «Señor,» esclama cuán bien pensado!
 De vuestro Imperio guiareis la suerte
 Mas allá, Carlos, de vuestra muerte.
 Padre no solo de vuestro hogar
 De vuestros pueblos lo sois al par,
 Van a colmaros de bendiciones,
 Como al Sol, muchas jeneraciones!
 ¡Oid! ¿Quién entra con tal violencia,
 Rompiendo guardias? Ya está aquí a mano,
 Luis!:— vuestro hijo!»

—Del Soberano

Ya el Rei jóven en la presencia,
 Lívido el rostro trae de ira;
 No halla palabras i a hablar aspira:
 Su magro cuerpo tiembla de furia,
 Arde en sus ojos siniestra llama,
 Cierra los puños i airado brama:

«Señor,! venganza para la injuria
 Que hoi de vuestro hijo la frente agobia.
 Rolandin, ése siervo atrevido,
 Es el cadalso su merecido,
 Ha puesto manos en la real novia!»

El noble Cárlos en hondo duelo
 Ambas sus manos levanta al cielo,
 «¿Traicionarme, Roldan, tu hijo?
 ¡Accion horrenda! Qué desconsuelo!
 Es la segunda vez que me aflijo
 Por Roncesvalles, i es la segunda
 Pena, mil veces ¡ai! mas profunda!

I desplomado pór aquel rayo
 De Nains al pecho cae en desmayo!

II

Oh! alta Guardia! Soberbia abarcas
 Desde tu cumbre vastas comarcas.
 Del Pirineo sobre las rocas
 Dondè las nieves eternas tocas,
 Puedes a diestra la noble Hispania
 I a tu siniestra la Septimania,
 Como vasallas, ver en el fondo;
 De inmarcesibles robles cintura
 Ciñe tu erguido Monte-Redondo,
 Aspera mole de excelsa altura,
 Sobre el granito gris de sus flancos,
 Con sus matices rojos i blancos.
 El rhododendro frondoso asoma,
 Forman, tomillo rico de aroma,
 Azul jenciana, brezo morado
 A las abejas sabroso prado,
 En sus fragosos hondos borrancos.

Las rotas breñas parecen ruinas,
I son tu guardia fieros gigantes,
Robustos fresnos, pinos fragantes
De las frondosas selvas vecinas.

Por tu atalaya del viento herida,
Pero de ariete jamas batida.
Tropa tan solo la amante hiedra.
De tu escabrosa senda en la piedra
Ibices solo los rastros siguen.
Caballo ni hombre llegar consiguen
A tí, si el paso fragoso cierras,
Unica entrada de aquellas sierras.
Tregar la lisa peña tajada
De cordillera tan enriscada,
A la alimaña la mas flexible
Aún al lince le es imposible.
Nadie el venablo lanza tan alto
Que a tus piés llegue, ni al foso oscuro
Que circunvala tu fuerte muro.
Sobre tu almena virjen de asalto
Solo se cierne la tenue nube;
Solo a mecerse sobre tí sube
La águila rejia que al sol aspira
I audaz i libre su disco mira!

¡Oh, si te envuelve fúljida tarde
En resplandores de rojo i gualda!
Cuando tu muro de pórfido arde,
Pareces reina por cuya espalda
En pliegues cae purpúreo manto;
I tu nevada sien orna en tanto,
De las princesas el casto emblema,
La aljofarada blanca diadema.

Mas hoi tu orgullo será mayor,
Porque te cabe supremo honor

Desde que guardás, cual áurea caja
Tan peregrina preciosa alhaja:
De alma i sentidos feliz amor!
Amor tan hondo qué es sin segundo
Desde que el beso sonó en el mundo!

Del alto muro circunvalado
Un jardincillo se ha aletargado;
Es ya silvestre, pues a su antojo
En él prosperan zarza i abrojo.
Los vivos rayos del mediodía
Jamás penetran a la mansion,
Que entre los pinos, como a porfia,
Tupido tejen un pabellon
Tan perfumadas como ¡ai! instables
Silvestres rosas innumerables.
Mariposillas de mil colores
Revoletean entre las flores,
I alto en las nubes silencioso
El azor traza cerco orgulloso:
Con esa calma de cuento de hada
No tiene al mundo de comun nada:
La clara fuente del mármol brota
Con melodiosa continua nota;
Allí manaron puros cristales
Siempre, de tiempos inmemoriales.
Allí sus alas el tiempo pliega,
Allí no alcanza su cruel refriega,
Nada perturba la suavidad
De la amorosa felicidad!

Donde los muros ángulos hacen
Broquel, loriga, yelmo i espadas
Con madreselvas entrelazadas
I abiertas rosas cubiertas yacen.

I sobre el césped, junto a la fuente,
Ved, la pareja mas venturosa:

De ella en el seno posa él su frente,
Su ojo acerado, claro él reposa
En su ojo pardo, rasgado i bello.
I blandamente juega la esposa
Con su rizado, rubio cabello;
Mientras embriagado por la delicia
El su torneada barba acaricia.

Ambos dichosos así se holgaban
I en contemplarse se deleitaban:
Lo que el par mismo decir no pudo,
¿Quién a decirlo será atrevido?
El pleno goce de amor es mudo:
¡Ai del que nunca lo ha conocido!
De los estremos de amor fogoso
Que viera el sitio silencioso,
Jamás alevé diré el secreto
Id donde otro con tal objeto.

Sabe Dios cuánto durado hubiera
Aquella muda contemplación
Si el viejo alcaide, que desde afuera
Estrépito hacía con intención,
La rechinante puerta no abriera.
Vino les trae riendo el criado:
«Estais; les dice, sin un bocado
Amor no corre tras de alimento;
I es noche i día vuestro sustento
De lo restante Fidel se encarga.»
Al mozo el jarro de vino alarga
I váse; pero, cuán tierna i fiel
Mirada, al irse, les da Fidel!

Bebe él i el jarro le tiene a ella,
I aunque éste borde sobrado ofrece,
Al beber ella, buscar parece
Del otro labio la ardiente huella.

El, esto advierte i entusiasmado
Se alza, mas que ántes enamorado
I la espectante boca entreabierta
Deja de amantes besos cubierta.
Con venturoso fervor esclama:
«¡Oh! tú! que en trances el alma mia
Con la insaciable sed de la llama
Que arde en mis venas, del hondo ansia,
De pudor, gracia i amor dechado
Desde que el mundo fuera creado,
Jamás esposa con ardor tal
Cual tú fué amada por un mortal!
Me sonrieron tus dulces ojos
«I quedé esclavo de tus antojos!
«Tienes cautivo mi corazón!
«Soi ya a las armas indiferente,
«De los combates al aliciente,
«I aun de trompa guerrera al son!
«Colgarme al labio que húmedo abreva
«La vehemencia de que rebozo,
«Perenne anhelo que se renueva,
«Es mi continuo solo alborozo!
«Beso tras beso te absorbo ciego,
«I cada honda, dulce delicia,
«Cada süave, tierna caricia
«Aun mas atiza de mi alma el fuego
«Yo debería comprehender
«Dentro del mio todo tu ser;
«Yo desearía, si dable fuera,
«Como este vino, sorberte entera;
«Tú no debieras sin mi existir;
«No tiene límites mi pasión;
«Contigo en noble, perpetua union
«De cuerpo i alma quiero vivir!
«¡Oh dulce pena! ¡Oh acerba herida!
«Por mí tan solo serás sufrida!
«Ah! cuando siento tu vida entera

«A mí entregada, tan pudorosa
«I al mismo tiempo tan amorosa,
«Arrebatado voi a otra esfera.
«Cuando arrobado por tu ternura,
«I fascinado por tu hermosura,
«Sobre los míos tus ojos siento,
«Dejo la tierra i al firmamento
«Vuelo en las alas de mi ventura:
«Desaparece la realidad,
«Es infinito cada momento,
«I es un momento la eternidad!
«Si en su alto trono, plaza a su izquierda,
«Privilejiada, Dios hoy me acuerda,
«Señor, consévala le diré:
«Juré a Yolanta mi eterna fé!
«Cuando en sus labios sorbo su aliento
«I en su regazo me hundo, siento
«Íntimo goce, también divino,
«Prefiero a todos este destino!»

La aterroriza su vehemencia
I con un beso le sella el labio:
«Dios mío, esclamo, no oigas; conciencia
«No tiende el reo de que hace agravio.
«Lo ha amado tanto Yolanta loca
«Que le ha agostado la mente al fin;
«Vuestros rigores ella provoca
«No el dulce loco de Rolandin!

Como a ampararle se echa a su cuello,
I por los brazos queda enlazada,
A sus rodillas cae en cascada,
Suelto el sedoso, pardo cabello
I derramada la oscura onda
Vela su traje de clara blonda.
Al desasirse, dice él risueño:
«¿Qué mayor dicha se puede dar?

«En verdad, somos un feliz par!
«En vasto mundo venirse a hallar,
«Entre millones dar con su dueño,
«I para nunca se separar!»

I ella: «Desde otra radiante esfera,
«El alma amante con que te adoro
« Te fué atribuida por compañera!
«Al verte, orlado de rizos de oro
«Ante mí alzarte, tal regocijo
«Apoderóse del corazón,
«Que dominado por la emoción
«Sintió el latido quedarse fijo:
«Yo le conozco mucho há, se dijo,
«Es quien buscaba con alma errática
«Con una vaga pena enigmática!»
«Cuando tus ojos encantadores
«A mí tornaste tan halagüenos,
«Gritado hubiera de mil amores:
«Tiempo ha te aguardo, mi dulce dueño,
«Tuya fui siempre, siempre como hoy:
«Tómame, llévame: tuya soy!»

De nuevo al jóven los brazos echa
I al fuerte pecho su frente cae;
El arrobado su cuerpo atrae
I sus soberbias formas estrecha,
Frente i cabello, los labios rojos,
I sus sombríos, rasgados ojos,
Cubre de besos apasionado:
Rompe ella en lágrimas de placer,
¡Feliz quien haya dicha gozado
Cual la de este hombre i esta mujer!
«Dulce amor mio, proviene, esclama,
«Que ámbos ardamos en una llama
«De nuestros padres, los dos guerreros:
«Del Roldan mio de tu Oliveros,

«Un par formaban inseparable,
«Como van juntos yelmo i cabezâ,
«Mi padre de alma de gran fiereza,
•I el tuyo bravo, mas siempre afable.
«Una batalla cruel, la funesta
«De Roncesvalles, los dos nos cuesta.
«Fieles amigos en guerra i paz,
«La noble sangre que han trasmitido
«De nuestros pechos unió el latido;
«I esa armonia franca i vivaz
«En fuego amante se ha convertido!»
Con todo añade, querido hubiera
De mis pendones morir al pié,
Antes que a Cárlos la afrenda hiciera
De quebrantarle jurada fé.
Desperté el odio del leon anciano,
Mas mi embajada de cortesano,
Aunque execrable, no me imponia
Que cometiese la villania
De conducirte, mujer perfecta
Entre las obras de Dios selecta,
Tu cuerpo hermoso, tu ánimo amante
Al hombrecillo mas repugnante!
Nó, que mi fuerza no llega a tanto!
De advertir hube con vivo encanto,
Detras del velo de tu pudor,
Que te invadia por mí el amor.
I ¿a quien ansío con mi alma entera,
A quien miradas dulces me diera
Del taciturno supersticioso,
Del torpe en armas, débil, medroso,
Al lecho estéril yo arrastraria?
Al ahembrado yo entregaria
La noble virjen? Nó, nó, a fé mia!
Aun quando hubieran, Dios en su enojo
I el mismo Cárlos, que es mas temible,
De fulminarme por tanto arrojo

Ni quiero hacerlo, ni me es posible.
 Prefiere el hijo del fiel Roldan
 Romper el feudo, perder honor,
 Que lo moteje de vil traidor
 Enfrente al trono cualquier truhan.
 Todo esto arrostra, si, sin dolor
 Antes que verte prostituida
 Sacrificada i envilecida
 Sobre el menguado pecho de un necio
 Por quien tendrias cordial desprecio.
 Roldan, escucha desde tu altura:
 Mi honra es Yolanta con su ventura».

Enajenado coge él su mano
 Que ella retira suavemente,
 Acariciándole su naciente
 Barba sedosa como tisú.
 El del halago se siente ufano
 Mas ella triste prorrumpe así:
 Amigo ¡cuánto das tú por mí!
 ¿I tú, amor mio? Te has dado tú.

• ¿Una doncella qué vale? ¡oh dueño!
 Para amar vive sin otro empeño.
 Si en torno suyo desaparece
 El mundo; un mundo su amor le ofrece;
 Mas tú, si el tierno, mágico ensueño
 Que hoi te fascina se desvanece,
 De fama i honra que ya has perdido
 En cambio ¡ai! triste, ¿qué has obtenido?
 Rolandin salta, que ella lo hiere,
 «Que nunca te oiga tales palabras
 ¿Por qué mi pecho, cruel, así labras?
 Piensas acaso que el amor muere?
 Nó, amada mia, tenlo por cierto;
 Amor sincero jamas ha muerto.
 Los sentimientos atropellados,

(Continuad).